

Ya estoy dentro.

“El demonio del mal es uno de los instintos primeros del corazón humano” Edgar Allan Poe.

Desde que tengo uso de razón he estado aquí, en la Tierra. Lo que pasaba, es que durante milenios estuve atrapado en lo más profundo del planeta; vagaba sin rumbo por capas rocosas de lava perdido y sin saber absolutamente nada de la vida. No sé cómo, ni por qué, pero terminé saliendo al exterior. Tras mucho cavilar durante todo este tiempo, he llegado a la conclusión de que algún tipo de movimiento sísmico me hizo aflorar de las entrañas de la Tierra, en todo caso, no es relevante.

Lo que me encontré cuando llegué fue una pesadilla. Era una ingente cantidad de seres extraños con apariencia agradable. Era repugnante ver cómo eran bondadosos y cómo se podían desvivir por ayudar a alguien. Desbordaban alegría y afán de ser felices hasta el punto de la exasperación, era terrible. Los odiaba, los repudiaba y les deseaba la muerte a todos y cada uno de ellos. Intenté acallar sus miserables vidas de todas las formas posibles, pero cuanto más intentaba atacar a algunos de esos seres, más aumentaba mi frustración. Todos mis esfuerzos eran en vano, dado que mi estado etéreo me lo impedía, al carecer de forma física, como si fuese humo. Lo único que deseaba era aniquilar a esa parva de seres irritantes.

Pasado un tiempo, estaba absorto en mis caóticos pensamientos cuando me crucé con uno de esos malnacidos seres. Acto seguido, intenté una vez más destrozar su cuerpo con toda mi furia, aún sabiendo que no lo iba a conseguir. Pero esta vez todo fue diferente. No atravesé su cuerpo, sino que me quedé en su interior. Y no sólo eso, sino que percibí que podía tomar el control de aquel infecto cuerpo; por una vez, creo que al final de todo, estos seres me serán útiles.

Tras diversas experiencias tomando cuerpos y perfeccionando la técnica de posesión, decidí dar el gran paso y ejecutar uno de mis muchos planes para crear la discordia. Habían sido muchos siglos escondido entre las sombras pero eso se iba a acabar. Rondaba el año 755 y tuve que trasladarme a China. Una vez allí, me di cuenta de que la dinastía reinante tras un tiempo de esplendor había caído en decadencia, por tanto, sería muy fácil crear conflicto.

Una vez más que perfeccionada mi maravillosa capacidad, todo fue muy fácil. Decidí tomar el control del cuerpo de un general en aquella época. Era joven y esbelto, así que era una víctima perfecta. Usé su cuerpo para que se levantara en armas contra la susodicha dinastía, que a cada día que pasaba estaba más debilitada. En aquel nuevo cuerpo, me autoproclamé Emperador y creé mi propia dinastía para poder perpetuar mi reino. Sólo me hicieron falta dos años para movilizar a un ejército, conquistar la que antaño era la capital asiática y, más tarde, conquistar la capital del Imperio. Tuvieron que formar una alianza con el califato abasí, pero ni con la ayuda de sus soldados consiguieron derrotarme.

En el año 757 tuve un pequeño percance. “Mi hijo” (claramente no era mi hijo de verdad, sino de ese humano putrefacto al que utilizaba a mi antojo) me asesinó a sangre

fría (¡Ha aprendido del mejor! jajajaja). La verdad, fue reconfortante ya que me comenzaba a cansar de ese indeseable cuerpo que se apagaba día a día. No era nada grave en sí, lo único que necesitaba era otro cuerpo del que valerme. Cavilé y cavilé, y en poco tiempo tomé la opción de introducirme en el hijo, que debido a “mi muerte” se autoproclamó el nuevo Emperador.

Tras ese instante, hubo un cambio. Todo lo que había logrado se fue disolviendo: las tropas de mi Imperio se retiraron, reconquistaron la capital y la dinastía enemiga comenzó a remontar. Sinceramente, no hice mucho para enmendarlo, ya que la gente perecía igualmente, y eso era lo que quería, independientemente del bando al que pertenecieran. Otro giro dramático de los acontecimientos fue la muerte del cuerpo del nuevo Emperador, por tanto, me volví a quedar sin cuerpo; esta vez me retiré y no abduje a otro, porque de todas formas ya había acabado con la vida de 35 millones de personas de 60 que vivían en China, es decir, más de la mitad. Pero sin duda alguna lo que más me impactó fue que sin yo hacer nada, simplemente de espectador, la masacre continuó. ¡No sabía que mi poder de persuasión podría llegar tan lejos!, y sin entrometerme, pereció un millón más.

Después de eso, lo que quedaba de población estaba devastada. Ya no se les veía tan afables ni tan felices. La sangre teñía las calles y yo no podía más que sonreír ante aquel espectáculo. Había encontrado mi vocación y tuve claro que no sería la última vez que haría esto.

Y así fueron pasando los siglos y seguí llevando a cabo mis hazañas. Me siento muy orgulloso de cuando estaba plácidamente en París terminando los detalles de mi próxima acción cuando llegó a oídos míos que habían intentado matar al líder de un partido protestante. Tiré mi plan por la borda e improvisé, y me salió realmente bien la jugada.

Tomé el cuerpo del rey de la ciudad y cité al líder a cambio de protección para discutir con él algunos matices de lo sucedido. El temor entre los burgueses de una revuelta por parte del partido protestante fue incrementando y la reina, es decir, “mi esposa”, se reunió conmigo para concretar qué hacer. Le dije que debíamos eliminar a los cabecillas de los grupos rebeldes así que entre la reina y yo convocamos a las autoridades municipales. Repartieron armas y cerraron las puertas del reino, mientras desde mi trono observaba que la función iba a comenzar.

Efectivamente, esa misma noche los burgueses comenzaron a perseguir a los protestantes hasta darles caza a todos. No hacían distinciones entre ancianos, niños, embarazadas o adultos; todos, absolutamente todos, tarde o temprano fueron masacrados. Lo más importantes sucedió en una noche de verano, mas pasaron unos cuantos días más con persecuciones. En tan sólo unos días, perecieron miles de personas. Mi gozo era pleno.

Lo recuerdo como si fuera ayer: la gente agonizaba de dolor mientras otros corrían despavoridos y horrorizados entre la angustia. Simplemente maravilloso, y sólo tuve que reunirme con las autoridades municipales, el resto lo hicieron todo por mí.

Mi plan favorito, sin duda alguna, fue el que llevé cabo en la Alemania del 36. Tengo que puntualizar que yo llegué tarde a esto, pues las atrocidades empezaron antes de que

yo interviniera (aunque no puedo negar que lo observé todo). Mientras contemplaba el transcurso de los acontecimientos, me cercioraba de que al igual que yo había alguien con sumo odio hacia la humanidad, y sinceramente me hubiese gustado mantener una conversación con ese humano; que a pesar de ser otra escoria inmundada como el resto, me producía cierta simpatía.

Mi aportación aquí fue mayúscula, ya que no fue a nivel regional o nacional, sino a nivel continental la matanza llevada a cabo. Las armas en este momento de la historia habían evolucionado tanto como para mecanizar la muerte. ¡Me parece sublime!

En el siglo XX, llené de mi sabiduría un cuerpo con mucho potencial, pero poca perspicacia. Me introduje en un dictadorzuelo que utilicé como una marioneta para matar al mayor número de humanos posibles. Me enteré de que algo muy característico de él era su retórica antisemita, y aproveché eso a mi favor. Di la orden de llevar a cabo un proyecto suculento y con el que sabía que desde el primer momento disfrutaría, que consistía en exterminar a lo que él creía que era la raza inferior. Tenía a una ingente cantidad de personas comiendo de mi mano y que morirían por mí sin pensárselo dos veces.

El movimiento se extendió por toda Europa y luego llegó a casi todos los rincones del mundo. Unos trenes transportaban a la raza inferior a diferentes campos de concentración y, si no fallecías antes, te llevaban a una sala donde te rociaban con gas. Los guardias vigilantes de ese campo estaban en su pleno derecho de hacer con los presos lo que quisieran, lo cual hacía que fuese todo más sangriento y, por tanto, más entretenido.

La gente moría a borbotones: bien por falta de higiene, mutilaciones, por el propio gas en sí... Estimé en su momento que acabamos con unos cuantos millones de la raza inferior y muchos más de otras razas también inferiores, por supuesto.

El pueblo judío sufrió, y yo en cambio disfruté y sonreí como nunca antes lo había hecho.

Un siglo más tarde, me encuentro en proceso de otra hecatombe. Esta vez me encuentro en el este de Europa. El actual cuerpo que poseo tiene un gran poder militar. Cuento con un ejército en mi mano muy poderoso y, si esta acción sale bien, tengo pensado invadir otros países de los alrededores. Está siendo muy satisfactorio ver cómo la gente fallece, y hacía tiempo que no veía las calles llenas de sangre (literalmente) y con imágenes tan sanguinolentas.

El único inconveniente es que con la aparición desde hace unos cuantos años de la televisión, las redes sociales y ese tipo de cosas todo el mundo se entera de lo que hago. En parte es algo bueno: tener a todo el planeta en vilo viendo todo lo que estoy haciendo sin poder remediarlo, es una forma de que el resto de la humanidad vea lo que tarde o temprano les voy a hacer; tienen que ver, sufrir y llorar con las imágenes televisadas de las muertes de muchos niños, que por un motivo que desconozco (solamente son un montón de escoria que aún no ha crecido) conmueven más. Por otro lado, es más fácil que se puedan adelantar a mis movimientos y predecir lo que voy a hacer, así que me tengo que andar con pies de plomo.

La guinda del pastel es que tengo en mi posesión un tipo de armamento tan maravilloso y tan potente que podría destruir el planeta entero en tan sólo unos minutos; y este armamento está en mi poder sin que nadie pueda evitarlo ¿No es increíble? Esto sí que ha sido un golpe de suerte. Pensarán, ¿Por qué no lo utiliza? Muy sencillo. Morirían entre terribles sufrimientos, y eso para mí sería puro jolgorio, pero el entretenimiento sólo me duraría unos días ¿Qué hago el resto de la eternidad? Es mejor ir dosificando la tortura poco a poco por hasta el fin de los tiempos para luego extinguiros, que antes o después lo haréis.

He escrito esto porque aquí, sentado en mi escritorio de mi palacio, le estoy dando un poco de tregua al país vecino para luego atacarlo con más fiereza, y mientras mando este comunicado a todo el planeta Tierra. Da igual cuántas veces leáis esto, jamás os vais a poder anteponer a mis movimientos y, uno por uno, os daré caza. Al fin y al cabo, ustedes sólo son escoria y yo fui creado para esto.

Discúlpeme, ¿Dónde están mis modales? Aún no me he presentado. Comúnmente se me llama Belcebú, Satanás, Lucifer, Samael...Pero en realidad me llamo Kovac y actualmente estoy dentro del cuerpo de Vladimir Putin.